

Prólogo

De correrías con la banda de Robbers Roost

Era mejor barquero que vaquero y mejor cocinero que ladrón de trenes, pero John Griffith, con esa marca suya tan distintiva de tener un ojo azul y otro marrón, se convirtió en uno de los acólitos favoritos de la banda de Butch Cassidy, el Wild Bunch, durante el tiempo que pasó en la zona de Robbers Roost, en la parte oriental del estado de Utah. Blue John, como lo bautizó su primer jefe, llegó a la zona como cocinero de los hombres que se encargaban del ganado de Harris cerca de Cisco, a algo más de ciento cincuenta kilómetros al oeste de Grand Junction. Y luego, al cabo de escasos dos años de trabajar honradamente, a los 35 se unió a Jim Wall, alias *Silver Tip*, y a *Indian Ed* Newcomb para reunir las reses del rancho 3B, que en la primavera de 1890 pastaban por el Roost bajo la supervisión del infame capataz Jack Moore, quien ofrecía su hospitalidad al Wild Bunch durante sus frecuentes reuniones en esas tierras delimitadas por los ríos Dirty Devil, San Rafael, Green y Colorado. Tanto si se instalaban a pasar el invierno en el Roost para montar allí su campamento base antes o después de una incursión como si lo hacían para ayudar con el ganado del 3B, los del Bunch siempre eran bienvenidos.

Silver Tip, Blue John e Indian Ed participaban en las fechorías del Bunch como un trío de cómplices de segundo nivel, contribuyendo con sus habilidades a lo que se traieran entre manos los hombres de Cassidy, ya fuera robar caballos o reunir ganado. En 1898 ayudaron a Moore a reunir las reses del rancho 3B que quedaban de la fracasada operación de J. B. Buhr antes de marcharse a robar caballos a Wyoming. El viaje completo de ida y vuelta aca-

baría costándole la vida a Moore, que murió en un tiroteo. A principios del año siguiente, cuando el grupo regresaba al Roost después de haber entregado los caballos robados para su venta en Colorado, Silver Tip, Indian Ed y Blue John birlaron unas cuantas cabezas más de los mejores caballos en los ranchos de los alrededores de Moab y Monticello. No es que los muchachos del Wild Bunch prestaran demasiada atención a las patrullas organizadas por el *sheriff* de la zona —que por regla general ya trataban de evitar el Roost—, pero los forajidos sabían que la ley les venía pisando los talones de sus a raíz de sus últimas fechorías.

Una mañana de finales de febrero, en un barranco adyacente al cañón de Roost, Indian Ed trepó por las rocas que descendían al otro lado del saliente donde habían pasado la noche con su botín (dos mulas de carga y media docena de caballos) y, de repente, el sonido de un disparo desgarró en dos la calma matutina y una bala del .38-.55 fue a estrellarse contra la roca para después rebotar y atravesar la pierna de Ed por encima de la rodilla. Ed se dejó caer al fondo de sedimentos arenosos del barranco y a gatas se puso a cubierto detrás de unos matorrales desde donde Blue John y Silver Tip intercambiaban disparos con la partida que había encontrado a los bandidos guiándose por las huellas y el fuego que éstos habían encendido la noche anterior. Blue John mantuvo entretenidos a sus perseguidores mientras Silver Tip se alejaba para trepar hasta el borde del cañón y dispararles tres tiros a los hombres del *sheriff* desde lo alto, logrando así que éstos se batieran en retirada de vuelta a la garganta principal del cañón de Roost donde habían dejado los caballos y huyeran a toda prisa hacia sus ranchos o sus casas para contar la historia del tiroteo que habían tenido con los del Wild Bunch.

Fue la última vez que los tres forajidos trabajaron juntos o cometieron algún delito. A partir de ese día colgaron los rifles y cambiaron de vida; después de innumerables andanzas pasaron a ser historia, dejando así vía libre a otros que les seguirían los pasos. Se cree que *Indian Ed* Newcomb volvió a Oklahoma cuando se le curó la pierna y nunca más se supo de él; Silver Tip se fugó de la cárcel después de pasar entre rejas dos años de los diez que le habían caído en el condado de Wayne (Utah), y al final se estableció en Wyoming a pasar tranquilamente el resto de sus días; a Blue John Griffith se lo vio por última vez en el otoño de 1899 saliendo de Hite, a orillas del río Colorado, en dirección a Lee's Ferry: uno de los tramos fluviales más bellos e imponentes de todo el Oeste. Se cuenta que por el camino se desvió del río para poner rumbo a Arizona o incluso a México, desde luego nadie lo vio llegar a Lee's Ferry y nunca más se volvió a saber nada de él.

De los tres, sólo uno ha dejado una impronta permanente en el paisaje: el cañón de Blue John y el manantial de Blue John al otro lado de la cuenca donde tuvo lugar el famoso intento de emboscada llevan el nombre de quien a veces era cocinero, otras era conductor de caravanas o ladrón de caballos, y anduvo de correrías por el Roost durante una década a finales del siglo XIX.

I

«El tiempo geológico incluye el presente»

Este es el lugar más hermoso del mundo.

Hay muchos sitios así. Todo hombre, toda mujer, lleva en la mente y en el corazón la imagen de un lugar ideal, conocido o desconocido, real o inventado... La capacidad del ser humano para experimentar el instinto de volver a casa no conoce límites. Teólogos, pilotos e incluso astronautas han sentido la llamada del hogar allá en lo alto, en medio de la negra y fría inmensidad del espacio interestelar.

Yo me quedo con Moab (Utah). No me refiero al pueblo en sí, claro, sino al paisaje que lo rodea: los cañones, el desierto de relucientes peñascos pulidos por el viento; el polvo rojizo, los precipicios abrasados por el sol y el solitario cielo que se encuentran más allá de donde terminan los caminos.»

EDWARD ABBEY, *Desert Solitaire*

Blancas estelas deshilachadas surcan otro cielo del color intenso de las plumas del azulejo bajo el que se extiende la roja meseta desértica y me pregunto cuántos días de sol abrasador habrán conocido estas tierras desoladas desde su creación. Es sábado por la mañana, 26 de abril de 2003, y pedaleo en *mountain-bike* por un camino arañado en la tierra del extremo suroriental del condado de Emery, en la parte oriental del centro del estado de Utah. Hace una hora que dejé la camioneta *pick-up* en el aparcamiento que hay al principio del sendero del cañón de la Herradura, la solitaria ventana geográfica por la que se entra al Parque Nacional de Canyonlands, a menos de treinta kilómetros al noroeste del legendario distrito Maze, a poco más de sesenta kilómetros al sureste del imponente perfil dentado del anticlinal de San Rafael y aproximadamente a unos treinta al oeste del río Green y unos sesenta al sur de la interestatal I-70, auténtico corredor del comercio y las últimas oportunidades (PRÓXIMA ÁREA DE

SERVICIO 180 KILÓMETROS). Un viento impetuoso sopla con fuerza desde el sur, hacia donde me dirijo, recorriendo el inmenso espacio abierto de las mesetas que se extienden a lo largo de los más de 150 kilómetros que separan las cumbres nevadas de las montañas Henry, al suroeste (la última cadena montañosa de los Estados Unidos que se exploró, se le puso nombre y se hizo el mapa) y las montañas La Sal, al este. El fuerte viento me obliga a reducir la velocidad a la que avanzo a niveles desesperantes —voy en llano, pero con la marcha más baja y pedaleando con todas mis fuerzas a duras penas consigo avanzar—, pero ahora, además, arrastra ráfagas de arena parduzca hacia el camino lleno de baches y ya ha habido tres ocasiones en las que he tenido que bajarme e ir a pie junto a la bici para atravesar montículos de arena demasiado grandes para pasar por encima en dos ruedas.

Me resultaría mucho más fácil avanzar si no llevara esta mochila tan pesada a la espalda. Por lo general no andaría subido en la bici cargando con más de diez kilos de equipo y provisiones, pero esta vez estoy haciendo un circuito de unos cincuenta kilómetros de bici y barranquismo (voy a cruzar por el fondo de un intrincado sistema de cañones muy profundos) que me va a llevar casi todo el día. Además de los cuatro litros de agua que llevo entre la bolsa de hidratación de la marca CamelBak de tres litros y una botella de las de plástico Lexan de boca ancha de un litro, en la mochila tengo cinco chocolatinas, dos burritos y una magdalena de chocolate metidos en una bolsa de plástico de supermercado. He traído suficiente comida como para aguantar todo el día, pero para cuando esté de vuelta en la camioneta seguro que tendré hambre.

Lo que más pesa es el equipo completo de rápel: 3 mosquetones con seguro, 2 mosquetones normales, 1 dispositivo de freno ligero, 2 rollos de cinta plana de centímetro y pico, 1 *daisy chain* de cinta plana del mismo ancho con diez lazadas ya hechas, el arnés, 1 cuerda dinámica de escalada de 60 metros de largo y medio milímetro de espesor, casi 8 metros de cinta tubular y 1 imitación de la multiusos Leatherman que casi nunca uso (con dos navajas y alicates), pero que he incluido en el equipaje por si tengo que cortar cinta para hacer anclajes. En la mochila también he añadido la linterna de cabeza, los cascos, varios cedés de Phish y el reproductor para escucharlos, pilas AA de repuesto y las dos cámaras, la de fotos digital y la de vídeo mini, también digital, con sus correspondientes pilas, las dos bien protegidas en sendas bolsas de tela.

Al final son muchas cosas, pero creo que todo es necesario, hasta las cámaras y demás. Me gusta hacer fotos de los colores y las formas increíbles que te encuentras en las profundidades laberínticas de estrechísimas chimeneas

y el arte rupestre que se conserva en los abrigos naturales. El recorrido de hoy tiene el aliciente adicional de pasar por cuatro yacimientos arqueológicos del cañón de la Herradura con cientos de petroglifos y pictografías. El Congreso de los Estados Unidos incluyó este cañón aislado en el Parque Nacional contiguo de Canyonlands precisamente para proteger las pinturas y los grabados de 5.000 años de antigüedad encontrados a lo largo del curso del arroyo llamado Barrier Creek, que discurre por el fondo del cañón de la Herradura: un verdadero testimonio silencioso de la presencia ancestral del hombre en la zona. La Great Gallery es una auténtica galería de arte, con decenas de imágenes escalonadas de superhombres de dos metros y medio o incluso tres metros de alto que se ciernen sobre grupos de animales no del todo definidos, dominando a fieras y espectadores por igual con sus esbeltos cuerpos oscuros, anchos hombros y miradas inquietantes. Estas maravillosas apariciones gigantes son el ejemplo más antiguo y mejor conservado de este tipo de arte rupestre en todo el mundo, un exponente tan fundamental del mismo que los arqueólogos han bautizado el diseño artístico contundente y un tanto siniestro de sus creadores como el «estilo de Barrier Creek». No hay registros escritos que puedan ayudarnos a descifrar qué se proponía expresar el artista, pero unas cuantas figuras parecen cazadores con lanzas y palos, mientras que la gran mayoría no tienen piernas ni brazos pero sí cuernos y dan la impresión de estar suspendidos en el aire, como los demonios de las pesadillas. Sea cual sea el significado que el autor quiso darles, estas formas misteriosas impactan por su capacidad de expresar una verdadera declaración de ego a través de los milenios y obligan al observador moderno a enfrentarse con el hecho de que estas pinturas han sobrevivido mucho más y se conservan en mejor estado que todas las obras de arte de Occidente a excepción de algunos de los más antiguos artefactos de oro, con lo cual cabe preguntarse: en 5.000 años, ¿qué quedará de las tan avanzadas sociedades actuales? Seguramente el arte no, y tampoco el menor vestigio de las fabulosas cantidades de tiempo para el ocio de que disfrutamos (aunque sólo sea porque la mayoría de nosotros malgastamos ese privilegio sentados frente al televisor).

Como preveo que en el cañón habrá barro y charcos, llevo puestas unas deportivas viejas de correr y calcetines gruesos de lana mezclada, lo que hace que ahora —mientras pedaleo con todas mis fuerzas— me suden los pies tan bien abrigados. También me sudan las piernas embutidas en las mallas cortas de lycra especiales para hacer bicicleta que llevo debajo de los pantalones cortos de nailon color beis. Pese al acolchado doble, el sillín me está moliendo las

posaderas. En cuanto a la parte de arriba, me he puesto una de mis camisetas favoritas de Phish y una gorra de béisbol azul. El chubasquero lo he dejado en la *pick-up*: va a hacer calor y no tiene pinta de ir a llover, tendré un tiempo parecido al de ayer, que me hice en bicicleta los casi veinte kilómetros del recorrido completo del sendero de Slick Rock, al este de Moab. Si amenazara lluvia, una chimenea sería el último sitio del planeta adonde iría, con o sin chubasquero.

Me encanta ir ligero de equipaje y he aprendido a hacer más con menos y así poder llegar más lejos en un determinado espacio de tiempo. Ayer, sólo me llevé la CamelBak pequeña, un par de herramientas para la bici y las cámaras, apenas 4,5 kilos para el recorrido completo; y por la tarde prescindí del equipo de la bici y recorrí a pie ocho kilómetros de ida y vuelta para visitar un arco natural cerca del valle Castle, cargando únicamente con 2 kilos y medio de agua y las cámaras. El día anterior, jueves, me había ido con mi amigo de Aspen, Brad Yule, a escalar y esquiar en el monte Sopris, una de las montañas reinas del oeste de Colorado, con sus 3.952 metros de altitud; en esa ocasión sí que metí algo de ropa extra y el equipo de rescate en caso de avalanchas, pero aún así no llegué a los 7 kilos.

Mi viaje de cinco días culminará el domingo por la noche con un intento en solitario de recorrer en *mountain-bike* los más de 170 kilómetros del sendero de White Rim, en el Parque Nacional de Canyonlands. Si cargara con las provisiones que me llevé para los tres días que me costó hacerlo la primera vez en el año 2000, iría con más de 25 kilos a la espalda, que me empezaría a doler apenas recorridos los primeros 15 kilómetros. Esta vez he calculado que el peso de la mochila no llegará a los 7 kilos y haré el camino completo en menos de 24 horas. Eso significa que tengo que seguir al pie de la letra un plan muy detallado de consumo de agua para aprovechar al máximo las pocas oportunidades que tendré de reabastecerme, que no puedo dormirme y que sólo puedo parar lo mínimo imprescindible. Mi mayor preocupación no es que se me cansen las piernas (me consta que se me cansarán y sé qué hacer al respecto) sino que mi... eeh..., mi tren de aterrizaje sufra tanto que no pueda aguantar más. Lo he oído llamar «entrepierna comatosa» y la provoca la insensibilización debida a una estimulación excesiva del perineo. Llevo desde el verano pasado sin hacer distancias largas en bicicleta, así que mi nivel de tolerancia al sillín está en un punto verdaderamente bajo. Si hace dos noches hubiera sabido que iba a hacer este recorrido, por lo menos habría dado una vuelta larga en bici por la zona de Aspen antes de salir; pero el hecho es que el miércoles se canceló el viaje que tenía planificado con unos amigos para hacer montañismo, lo que me brindó una oportunidad de oro para emprender el peregrinaje

a mi meca, el desierto; una peregrinación en busca de la cálida sensación de reencontrarme con un paisaje bien diferente al de las montañas en invierno. Normalmente siempre dejo a mis compañeros de casa un programa detallado de cuáles son mis planes, pero, como salí de Aspen sin saber lo que iba a hacer, lo único que dije fue que me iba a Utah. Consideré qué opciones de viaje tenía consultando rápidamente unas cuantas guías mientras conducía del monte Sopris a Utah el jueves por la noche y el resultado han sido unas vacaciones improvisadas en el último minuto y que incluirán pasarme por una gran fiesta de campamento cerca del Parque Estatal del Valle Goblin esta noche.

Ya son casi las 10:30 de la mañana. Pedaleo hacia la sombra de un enebro solitario y paseo la mirada por el terreno achicharrado por el sol que me rodea. Poco a poco, la suave orografía del desierto de matorrales va dejando paso a una región de cúpulas de roca coloreada, precipicios escondidos, riscos ajados y castigados por la erosión, tortuosos y profundos barrancos y monolitos truncados: ésta es una tierra de increíbles espirales rocosas de aspecto esotérico, los *hoodoo*; una tierra mágica; ésta es la tierra de Abbey, de los páramos rojos que se encuentran más allá de donde terminan los caminos. Como llegué ayer cuando ya era noche cerrada no pude ver gran cosa del paisaje mientras conducía hasta el principio del sendero. Ahora oteo la tierra hacia el este en busca de alguna señal que indique la presencia del cañón al que me dirijo, saco la magdalena de chocolate que me he comprado en la panadería del supermercado de Moab y casi me atraganto porque tanto la magdalena como mi garganta se han secado por culpa del árido viento. Puedo ver todas las huellas del ganado que campa por la zona, testimonio de los esfuerzos constantes de un ranchero por ganarse la vida en este desierto inhóspito y difícil. Los rebaños dejan a su paso un trazado sinuoso de pisadas surcando el paisaje autóctono que se extiende por el inmenso espacio abierto: un tapiz de hierbas altas, enormes cactus de metro y medio y una costra de color negruzco llena de microbios cubren la tierra roja. Me termino el resto de la magdalena —excepto unas migajas que se quedan en el envoltorio— con la ayuda de unos cuantos tragos de agua aspirados por el tubo de la CamelBak que llevo sujeto a un asa de la mochila a la altura del hombro.

Monto otra vez en la bici y avanzo por el camino bajo la protección de la cara de sotavento de la cresta montañosa que tengo delante, pero en la cima de la siguiente colina me encuentro nuevamente inmerso de lleno en la batalla con las ráfagas de viento. Al cabo de otros 20 minutos de pedalear empujando las piernas con todas mis fuerzas como si quisiera pisotear el condenado camino abrasador, veo un grupo de motoristas que me pasan en dirección al distrito Maze de los Canyonlands. El polvo que levantan las motos me da directa-

mente en la cara y se me mete por la nariz, los ojos, los lagrimales, hasta se me pega a los dientes. Hago una mueca al notar la arenilla en los labios, me paso la lengua por los dientes y sigo adelante mientras me pregunto adónde irán exactamente.

Sólo en una ocasión estuve en el distrito Maze fue sólo durante una escasa media hora y de eso hace casi diez años. Estaba haciendo *rafting* con un grupo en el cañón Cataract y una tarde acampamos a orillas del río Colorado en una playa que se llama Spanish Bottom; subí unos trescientos metros de pendiente rocosa hasta llegar a un lugar conocido como Doll House, donde fui avanzando con paso inestable por el accidentado terreno de arenisca y granito a la sombra de las inmensas formaciones rocosas o *hoodoos* de entre 15 y 30 metros a cuyo lado yo parecía un liliputiense. Cuando por fin me di la vuelta hacia el río, me paré en seco para sentarme inmediatamente en la roca más próxima desde donde pudiera contemplar la vista. Fue la primera vez que el espectáculo del paisaje y los procesos formativos de la geología del desierto me obligaron a detenerme a asimilar lo pequeños y valientes que somos los humanos.

Allá abajo, detrás de las embarcaciones varadas en Spanish Bottom, el río seguía su curso con furia y de repente me di cuenta de que, incluso en ese preciso instante, aquel caudal de tonos castaños estaba cincelandó un cañón en mitad de los miles de kilómetros cuadrados de tierras baldías del desierto. En Doll's House se apoderó de mí por sorpresa la sensación de que estaba contemplando el nacimiento de todo un paisaje, como si me encontrara al borde de una caldera gigante a punto de estallar. Aquella vista despertó en mí la sensación de ser testigo de la noche de los tiempos, la época primigenia antes de que surgiera la vida cuando lo único que existía era un paisaje yermo y vacío. Fue como observar la Vía Láctea con un telescopio y preguntarme si estamos solos en el universo y me hizo darme cuenta, con la clarividencia que sólo da la luz cegadora del desierto, de lo escasa y frágil que es la vida, de lo insignificantes que somos nosotros si nos comparamos con las fuerzas de la naturaleza y la dimensión del espacio. Si el grupo con el que estaba hubiera subido a los dos botes que se divisaban a kilómetro y medio de distancia y se hubiesen marchado, me habría quedado tan aislado de todo contacto humano como pueda llegar a estar una persona. En ese caso, en tan solo 15 o 20 días habría sucumbido a una muerte solitaria provocada por el hambre mientras vagaba a pie a lo largo de la orilla río arriba, camino de regreso a Moab, sin haber vuelto a ver el menor atisbo de otro ser humano. Y, sin embargo, más allá de la desolación y de la exigüidad del desierto que me rodeaba, esa noción que disolvía la patena de nuestro delirio de grandeza resultaba emocionante:

los humanos no somos grandes por estar en lo más alto de la cadena alimenticia ni porque podamos alterar nuestro entorno —el entorno nos sobrevivirá con su inconmensurable fuerza y su poder implacable—, sino más bien porque, en vez de someternos y rendirnos a nuestra propia insignificancia, osamos imponer nuestra voluntad a pesar de lo efímero y precario de nuestra presencia en este desierto, en este planeta, en este universo. Me quedé allí sentado 10 minutos más y después, con una visión tan amplia como el espectáculo que contemplaba desde aquel risco, regresé al campamento para cumplir con el trámite de la cena lo más rápido posible.

Al avanzar por el camino dejando atrás la alcantarilla metálica que marca el inicio del cauce seco de la bifurcación oeste del cañón de Blue John, el West Fork, paso por una intersección donde una señal indica el ramal del polvoriento camino que lleva hasta Hanksville, un pueblito a una hora al oeste, justo a la entrada del Parque Nacional Capitol Reef. Hanksville es la población más próxima a Robbers Roost y el distrito Maze y allí se encuentra el teléfono público más cercano de toda la zona. Unos 800 metros más adelante paso una explanada de pasto con una leve inclinación que en otro tiempo fue una pista de aterrizaje hasta que seguramente un accidente de poca gravedad obligó a quien fuera que volaba hacia allí a buscar otro terreno más manejable: claro indicio de que, por lo general, los aviones y los helicópteros pequeños son la única forma eficaz de moverse por este condado. Aunque en ocasiones cuesta demasiado dinero ir de aquí allí, incluso si tienes la posibilidad de volar, y lo mejor es sencillamente quedarte en casa.

Los mormones hicieron cuanto pudieron para construir caminos que atravesaran el condado, pero al final también ellos acabaron batiéndose en retirada, abandonaron aquellos áridos parajes y regresaron a las poblaciones ya establecidas de Green River y Moab. Hoy por hoy, la mayoría de los senderos que trazaron están abandonados y se han sustituido por caminos que continúan siendo apenas transitables y cuyo acceso en automóvil resulta, irónicamente, mucho más complicado de lo que lo era a caballo o en carreta hace cien años. Ayer por la noche recorrí con la *pick-up* 90 kilómetros de la única pista de tierra que hay en la parte oriental de dos condados hasta llegar al punto de partida de mi recorrido: fueron dos horas y media de carretera plagada de baches durante las que no vi ni una sola luz ni tampoco ninguna casa. Los rancheros de la frontera, los cuatrerros y los trabajadores de las minas de uranio y los pozos de petróleo han ido dejando huella de su paso por esta tierra, pero al final todos han acabado dando su brazo a torcer, abrumados por las dificultades de la vida en el desierto.

Todos esos buscadores de fortuna no fueron los primeros en traspasar el umbral de estas tierras para luego tener que acabar abandonando la región, descartándola como un páramo baldío. A lo largo de la Historia, numerosas oleadas de pobladores e asentaron en las profundidades del cañón que domina la zona para después desaparecer al cabo del tiempo. Por lo general solía ser una larga sequía o la incursión de bandas hostiles lo que hacía que la vida en las tierras altas y el desierto más al sur pareciera más acogedora, pero en otras ocasiones no existe respuesta que explique por qué toda una cultura abandonó repentinamente un lugar en concreto. Hace 5.000 años, las gentes de Barrier Creek dieron testimonio de su existencia en los pictogramas y petroglifos de la Great Gallery y la Alcove Gallery y luego desaparecieron. Y, como no dejaron ningún escrito, la razón por la que se marcharon es a la vez un misterio y un trampolín desde el que dejar volar la imaginación. Al contemplar sus pinturas y caminar por lo que fueron sus hogares, sus jardines, sus basuras... siento una especie de conexión con esos pioneros autóctonos que habitaron estos cañones hace tanto tiempo.

Mientras sigo ruta trabajosamente hacia la vasta extensión de la mesa que se abre ante mí, el viento me abofetea la cara y caigo en la cuenta de que estoy deseando llegar a la parte final del trayecto y estar ya escalando por el cañón de la Herradura, donde terminaré el recorrido. No veo el momento de librarme de este viento hostil.

A juzgar por lo que he visto hasta el momento, no hay mucha diferencia entre lo que era esta zona en tiempos de Blue John Griffith y lo que es hoy. La Oficina de Gestión de Tierras, la BLM, ha nivelado el centenario sendero para caballos y además ha colocado unas cuantas señales dispersas, pero incluso las innumerables vallas que en el resto del Oeste suelen demarcar la tierra aquí brillan por su ausencia. Igual es por la falta de alambre de espino por lo que este lugar parece tan pavorosamente remoto. Me paso mucho tiempo en zonas apartadas (dos o tres días a la semana —en invierno también— en áreas designadas oficialmente como «parajes naturales»), pero en la mayoría de esos sitios no me siento ni la mitad de aislado que en este camino dejado de la mano de Dios y, cuando ese pensamiento cruza mi mente, de repente paso de estar solo a sentirme solo y la sensación parece volverse más pertinaz. Las poblaciones de la zona se han consolidado desde los días salvajes en que se estaba forjando la reputación del Robbers Roost, pero el desierto circundante sigue siendo igual de indómito.

Por fin, a 1,5 kilómetros del paso de Burr, termina mi tortuoso periplo en bici con vientos de cara de casi 50 kilómetros por hora, me bajo de la bicicleta y la acerco hasta un enebro, donde la dejo atada con un candado tipo U

en la rueda trasera. La verdad es que no me preocupa lo más mínimo de que nadie vaya a venir hasta aquí a por mi montura, pero, como dice mi padre «No hay necesidad de tentar a la gente honrada». Guardo las llaves del candado en el bolsillo izquierdo del pantalón y me vuelvo en dirección a la principal atracción del lugar, el cañón de Blue John. Sigo un atajo por un sendero de ciervos mientras escucho mi música favorita ahora que los irritantes aullidos del viento ya no me inundan los oídos. Después de subir por unas dunas de roja arenisca pulverizada llego a un barranco arenoso. Aquí empieza el cañón. «¡Estupendo, voy bien!», digo para mis adentros y, acto seguido, me doy cuenta de que hay dos personas alejándose por el fondo del barranco a algo menos de treinta metros. Bajo por la duna a grandes zancadas hasta el fondo rocoso poco profundo del cauce seco y, una vez doy la curva dejando atrás la duna, vuelvo a divisar a lo lejos a los escaladores que, de hecho, por lo menos a esta distancia, da la impresión de que son dos mujeres jóvenes.

«¿Qué probabilidad hay de que coincida aquí con dos personas?», pienso, sorprendido de encontrarme a alguien en medio del desierto. Después de tres horas absorbo en mis pensamientos, y tal vez porque quiero librarme de la sensación de soledad que me ha invadido mientras pedaleaba, me paro para quitarme los cascos y acelero el paso con el objetivo de alcanzarlas. Van casi tan rápido como soy capaz de avanzar yo sin tener que echar a trotar y pasa un minuto hasta que empiezo a notar que se reduce la distancia que nos separa. He venido hasta aquí con intención de hacer un descenso en solitario de la bifurcación principal del cañón de Blue John, pero encontrarme con gente aún en lugares remotos me suele resultar un agradable añadido a la experiencia, sobre todo si es gente capaz de caminar a buen ritmo. En cualquier caso, llegados a este punto es inevitable que nos encontremos; en la siguiente curva miran hacia atrás y, aunque me ven, no se paran a esperarme. Al final las alcanzo, pero no puedo adelantarlas si no se detienen, cosa que no hacen.

Al caer en la cuenta de que vamos a recorrer juntos un buen trecho, me decido a ser yo el que inicie la conversación:

—¡He!, ¿qué tal? —las saludo.

No estoy seguro de qué les parecerá esto de encontrarse con un completo desconocido en mitad del desierto, y de hecho se limitan a responderme con un lacónico «hola», así que vuelvo a la carga con la esperanza de que se muestren algo más comunicativas:

—No me esperaba encontrarme ni un alma por el cañón...

A pesar de ser sábado, este lugar está muy apartado y es poco conocido, hasta el punto de que ni siquiera lo he visto desde la pista de tierra del Robbers Roost que sí aparece en el mapa que llevo.